

CATACUMBAS DE ROMA. Mar Marcos National Geographic Historia, nº 146

Los primeros cristianos fueron enterrados en los mismos lugares que los paganos, ya fuese en tumbas individuales o en sepulcros familiares. Así, san Pedro (martirizado posiblemente bajo Nerón en el año 64) quedó enterrado en la necrópolis pagana del Vaticano; y san Pablo recibió sepultura en el área funeraria de la vía Ostiense. *(Hay que recordar que en el mundo grecorromano se prohibía sepultar a los difuntos en las urbes, por motivos sanitarios y rituales, por ello los sepulcros se situaban fuera de las murallas, a lo largo de las vías que conducían a la ciudad).*

Sólo desde finales del siglo II y a lo largo del siglo III se difundió entre los cristianos la práctica de enterrarse en áreas funerarias colectivas usadas únicamente por ellos, las **catácumbas**. El fin no era tanto separarse de los paganos como asegurar que los más pobres tendrían una sepultura. Y es que en Roma el suelo era muy caro, incluso en las áreas suburbanas, así que enterrarse de manera colectiva, aprovechando al máximo el espacio para excavar el mayor número posible de tumbas en el subsuelo, permitía garantizar una sepultura a quien de otra manera no podía pagársela. Además, a partir del siglo II se impuso el rito de la inhumación frente al tradicional de la cremación, lo que requería más espacio para uso funerario.



De este modo, el crecimiento de la comunidad cristiana a partir del siglo III, el desarrollo de una estructura eclesiástica organizada y la solidaridad entre creyentes contribuyeron al nacimiento y desarrollo de las catacumbas. Y en Roma el subsuelo de toba favoreció la construcción de catacumbas, porque es una piedra fácil de excavar y lo bastante resistente como para soportar los entramados de pisos subterráneos.

Los cementerios se financiaban mediante una caja común, a la que se contribuía voluntariamente, o gracias a donaciones de benefactores privados. Aunque no se conoce bien cómo se administraban las catacumbas, es seguro que eran de propiedad eclesiástica, encargándose desde muy pronto el obispo de Roma de su supervisión.

La construcción de las catacumbas con su red de galerías encadenadas, capaces de albergar cientos e incluso miles de tumbas, se planificaba cuidadosamente, dejando abierta la posibilidad de futuras ampliaciones. En la construcción y mantenimiento de las catacumbas trabajaba personal especializado: los "*fossores*" o enterradores, que constituían un orden eclesiástico en la Iglesia romana y se representan en las catacumbas trabajando con un pico y una lámpara, o junto a un cadáver a punto de ser colocado en la sepultura. Ellos abrían galerías, loculi o cubículos, decoraban las tumbas con frescos y daban sepultura a los difuntos. Sus herramientas eran el *dolabra fossoria* (pico con un extremo cortante y otro en punta), el mazo y el cincel.



AllPosters



Las catacumbas alojan sepulturas que evidencian la desigualdad de los difuntos: Los ***loculi*** son los simples nichos excavados en las paredes unos encima de otros hasta llegar al techo, mayoritariamente anónimos o en todo caso con una escueta inscripción con el nombre del difunto. Están sellados con argamasa y sólo a veces exhiben algún objeto del muerto (una muñeca, algunas monedas o fragmentos de vidrio). Junto a ellos es frecuente encontrar también espacios exclusivos,

llamados **cubículos**, que contienen tumbas abiertas dentro de un nicho protegido por un arco (arcosolio) o hipogeos familiares, que albergan epitafios de excelente factura grabados en lápidas o pintados, sarcófagos, pinturas al fresco y, a veces, mosaicos.



Por ejemplo, las catacumbas de Priscila albergan el exclusivo hipogeo de la familia aristocrática de los Acilios, además de la denominada **capilla Griega**, donde se encuentran sepulcros de una misma familia con inscripciones en griego y decorada con algunas de las representaciones cristianas más antiguas.

Adoración de los Magos. Esta escena contiene la más antigua representación de la Virgen con el Niño (derecha), hacia la que se dirigen los tres Magos portando sus regalos, para adorar a Jesús.



Desde el emperador Constantino, las catacumbas se convirtieron en lugares de recuerdo de la época de las persecuciones y de veneración, iniciando él mismo su monumentalización y la construcción de basílicas dedicadas a los mártires.

Los obispos de Roma, por su parte, contribuyeron a la promoción de estos lugares sagrados, que atraían a miles de peregrinos y daban prestigio a la sede romana, la cual reclamaba la primacía de su obispo sobre los de las otras iglesias. El obispo Dámaso (366-384) llevó a cabo una intensa política de promoción de los sepulcros de los mártires, adecentando las catacumbas abandonadas, puliendo las inscripciones que identificaban a obispos y mártires y componiendo poemas en su honor, que hizo grabar y aún se conservan hoy en día. También señaló las rutas de visita para orientar a los visitantes de peregrinación, iluminándolas con juegos de luces y sombras. En suma, todo un programa publicitario que hizo de Roma el centro indiscutible de la Cristiandad occidental.

A partir del siglo VI las catacumbas se abandonan cuando las reliquias de los santos que custodiaban se trasladan a iglesias dentro de las murallas de Roma, de tal manera que en el siglo XVI únicamente se conocían cinco: san Pancracio, santa Inés, san Sebastián, san Lorenzo y san Valentín. Ello se debía a que todas ellas disponían de una basílica consagrada al mártir del que tomaban su nombre, cuyo culto nunca se interrumpió. La mayoría de las sesenta catacumbas que hoy conocemos fueron descubiertas durante los siglos XVI y XVII, cuando se despertó el interés por el estudio científico, avivado por el espíritu de la Contrarreforma: la Iglesia, beligerante contra el protestantismo, buscaba en los primeros cristianos el testimonio de fe sincera y piedad; desde entonces, el interés por la Roma subterránea no ha dejado de crecer.



En 1854, el arqueólogo Giovanni Battista de Rossi descubrió las catacumbas de san Calixto. Allí, la llamada cripta de los Papas albergaba las sepulturas de los nueve pontífices que se habían sucedido entre los años 230 y 283. El sensacional hallazgo llevó al Papa Pío IX a visitar enseguida las catacumbas.